

PARADA RODRÍGUEZ, José Luis
Universidad Francisco de Vitoria

@ j.parada@ufv.es

Schumacher, Ernst Friedrich

Esto es lo que creo

Granada: Nuevo Inicio, 2022

388 pp.

Cuarenta y cinco años después de su muerte (1977), la editorial Nuevo Inicio publica en español, con una esmerada traducción a cargo de Francisco Javier Martínez Fernández y Gloria Salido Muñoz, esta recopilación de textos del economista Ernst Friedrich Schumacher que vio la luz en lengua inglesa en 1997.

El pensamiento de E. F. Schumacher resulta sorprendentemente actual si consideramos que falleció antes de la segunda crisis del petróleo, en plena Guerra Fría, cuando aún no se había fundado el partido verde alemán con aquel eslogan que rezaba «Die Zukunft ist grün» (el futuro es verde). El mundo tenía entonces casi la mitad de población que ahora, pero Schumacher ya realizaba un análisis que bien podría servir, sin apenas modificaciones, para la tercera década del siglo XXI. Es más, leyendo sus ensayos surge de forma espontánea la conexión con autores contemporáneos como Richard Sennett, Harmut Rosa, Stefano Zamagni, Carolyn Steel, Martha Nussbaum, René Girard, Edward Said, Esther Duflo o George von Wallwitz entre otros, en sus reflexiones sobre el trabajo, los procesos productivos, la escala de interrelaciones, los estilos de vida, la desigualdad social o las amenazas medioambientales.

El lector que haya reconocido estos nombres pensará, con razón, que se trata de un listado heterogéneo y desordenado, casi caótico. A primera vista no le faltará razón, pero en realidad hay líneas que conectan a unos y a otros que muestran la riqueza de una obra que converge con la de otros autores que coinciden en la crítica a un sistema excesivamente complejo, que difumina las relaciones personales y daña el entorno.

Schumacher puede resultar desordenado en ocasiones, pues sus escritos, que parten de intuiciones algunas veces, de datos empíricos otras, van planteando ideas que se suceden unas a otras como si su pensamiento avanzase por impulsos, como si fuese abriendo paréntesis dentro de otros paréntesis. Y, sin embargo, existe una lógica en su discurso, como vamos a tratar de mostrar. Para ello, seguiremos el orden que han planteado los editores y obviaremos las referencias que el autor hace a muchos otros (Coomaraswamy, Galbraith, Tawney,

Herber, Harrison, entre otros, así como numerosas citas bíblicas) para centrarnos exclusivamente en el contenido de sus textos.

El primer bloque, titulado «El escenario», afirma que nos encontramos ante el final de una era (capítulo segundo) o, como se dice popularmente, el fin de la fiesta (capítulo primero). La triple crisis que acontece, que es a un tiempo de recursos, ecológica y social, ha derrumbado la ilusión sobre la que se había asentado el estilo de vida contemporáneo: la ilusión de los combustibles inagotables a bajo precio, la de una mano de obra perennemente disponible y la de un progreso científico y tecnológico que permitiría que todo ciudadano viviese de manera opulenta.

Ante el derrumbe de esa ilusión, lo razonable sería imaginar y diseñar un nuevo estilo de vida. En su lugar, se ha optado por el rechazo a la toma de conciencia, y se ha reforzado una mentalidad científicista que diluye lo universal, reduce cualidades a cantidades y excluye las causas finales, en una nueva muestra de cierta lógica secular y cartesiana que prefiere la ciencia (lo empírico, lo estadístico, lo útil) a la sabiduría.

Pero hay quien ha levantado la liebre: algunos físicos que se preguntan por el sentido de tanto avance sin alma; los hippies que recuerdan verdades tan simples como evidentes (antes el amor que la guerra); incluso los países de la OPEC que nos despiertan del sueño de la abundancia. ¿Cuál es entonces la salida? Eliminar un pensamiento economicista que ha absorbido la totalidad de la ética, y fomentar una nueva actitud hacia la naturaleza, más amistosa, de «estírcol y misterio», que recupere la escala humana.

Así analiza Schumacher el entorno y, a partir de ahí, comienza un análisis secuencial sobre la economía, el trabajo, la industria, el desarrollo, la ciudad y la tierra y la espiritualidad.

Respecto a «La economía» afirma el autor alemán que el objetivo de la ciencia económica consiste, y así debe ser, en lograr el máximo bienestar con el mínimo de consumo, lo que demanda que los modelos económicos sean menos violentos y las tecnologías sean más productivas (capítulo tercero: «Economía budista»). Schumacher no es enemigo del bienestar material, pero advierte que no es la riqueza lo que evita la liberación, sino el apego a la riqueza. Por ello es necesario combinar libertad y orden: la libertad de montones de pequeñas unidades y el orden de una organización a gran escala (capítulo cuarto: «La nueva economía»), así como considerar los factores humanidad-libertad-tamaño-estructura en las organizaciones (capítulo quinto: «La cuestión decisiva del tamaño»).

En cuanto a «Trabajo y ocio», aboga el teutón por una tecnología que reduzca la complejidad y el gigantismo, para reintegrar a la persona en el proceso productivo, de manera que pueda sentirse vivo, creativo, feliz en el desempeño de su profesión (capítulo sexto: «Un trabajo insano no puede producir una sociedad sana»). Esto pasa por la crítica de un pensamiento moderno que reduce el bienestar a la obtención de bienes de consumo (capítulo séptimo: «Fondos públicos para el trabajo voluntario»), y que deja entrever que solo los ricos pueden tener una buena vida (capítulo octavo: «La cultura de la pobreza consciente»). Para Schumacher, el fracaso de la opulencia moderna reside en confundir lo efímero con lo eterno: ¡produzcamos bienes efímeros para consumirlos sin medida! Pero ¿así se mide la calidad de vida? El economista alemán aboga por recuperar una adecuada concepción de la cultura de la pobreza, la cual no ha de confundirse con la miseria: mientras la pobreza supone que las personas tienen lo suficiente para mantener unidos cuerpo y alma, pero poco para ahorrar, la miseria desgaja cuerpo y alma, y hasta el alma sufre alguna privación. Por ello hay que vencer la miseria, pero también se debe comprender la pobreza en su correcta medida.

En lo que se refiere a la «Industria», plantea el autor que ante la evidencia de la condición de no renovabilidad de los combustibles fósiles es necesario replantear la escala y el propio sistema de producción, lo que conlleva, también, redefinir los estilos de vida (capítulo undécimo: «La crisis de energía de Europa occidental»). Sugiere Schumacher que sería un error subestimar los efectos que los medios de producción tienen sobre la vida de las personas: cómo y qué producen, dónde trabajan, cómo viven y a quiénes conocen, cómo se relajan, qué comen, qué respiran y ven, qué piensan, cuál es su libertad y cuál su dependencia (capítulo noveno: «Industria y moral»). De otro lado, realiza una crítica al modelo del *Homo oeconomicus* y advierte del riesgo de confundir el orden de prioridades (capítulo noveno: «Industria y moral»).

El bloque «Desarrollo» pivota sobre dos ideas. La primera es que las áreas rurales necesitan desarrollarse no a través de un industrialismo excesivo, sino a partir de tecnologías intermedias y de un sistema de peldaños de autoayuda. Resulta clave comprender que el desarrollo rural debe incluir cultura, actividades industriales y la mejora de los métodos y prácticas agrícolas (capítulo decimotercero: «Un desarrollo saludable»). La segunda idea es que el problema del hambre se trata de un problema de movilización masiva y de educación masiva, y es esencial poner a disposición de cientos de millones de campesinos las tecnologías apropiadas (capítulo decimocuarto: «El hombre no necesita morir de hambre»).

Al hablar de «Las ciudades y la tierra», Schumacher resulta radical y afirma, como dice el título de uno de los capítulos de este bloque (el decimoquinto), que no hay futuro para las megalópolis. Considerando los elementos esenciales —y secuenciales— que han de ver con una ciudad (crecimiento, aprovisionamiento, transporte, energía, combustible, producción, consumo) se pregunta por el horizonte temporal de una ciudad y por su «metabolismo económico», esto es, por la cantidad de recursos que necesita procesar para alcanzar las expectativas establecidas de un nivel de vida opulento. El autor piensa que una megalópolis no tiene sentido, sin más, y que lo que se demanda es una reconciliación del hombre con el mundo natural (capítulo decimosexto: «El uso de la tierra»), lo que supone considerar los valores metaeconómicos de la tierra y que la especulación sobre esta demanda una gestión pública ejemplar al considerar que nadie puede existir sin una base de tierra (capítulo decimoséptimo: «Cómo abolir la especulación de la tierra»). Aún falta una idea clave que permite comprender el porqué de esta reivindicación de lo rural, y es que el pensador alemán considera que el hombre urbano está paradójicamente aislado, pues en la ciudad prima el anonimato, la atomización social y el aislamiento espiritual.

El último bloque está dedicado a la «Espiritualidad y no violencia», el cual alcanza unas cotas filosóficas mayores que en los anteriores y donde las referencias teológicas son más pronunciadas. Comienza especulando sobre el origen de la violencia en el ser humano (y su vinculación con los pecados capitales calientes y fríos) y opina que es tarea de la civilización controlar, canalizar o sublimar esa violencia. Sin embargo, cuestiona si la civilización moderna, en lugar de sublimar la violencia (habiéndola escondido de las relaciones humanas cotidianas), la ha multiplicado (bomba atómica). Esto le conduce a afirmar que una civilización que desapruueba el corazón e idolatra la objetividad cientificista, positivista y racionalista abre la puerta a la violencia ilimitada, porque elimina el poder equilibrador del corazón (capítulo decimotercero: «Las raíces de la violencia»).

Continúa con una comparativa sobre la decadencia de Occidente, de la cual afirma que es activa, en tanto en cuanto ha atentado contra los modelos tradicionales de vida de forma



decidida, y la de Oriente, pasiva, que sigue un lento proceso sustitutivo (capítulo decimonoveno: «Asia debilitada»). Esta aproximación resulta de interés en cuanto afirma que lo que está poniendo en riesgo el medio ambiente no es el estilo de vida de los pobres sino el estilo de vida de los ricos. No quiere con esto promover una guerra de pobres contra ricos, del mismo modo que no se trata de reemplazar la idea del crecimiento económico rápido por la idea de crecimiento económico cero (ambos supondrían un vacío), pero sí está en su ánimo recuperar las virtudes cardinales, el valor del diálogo y la educación (entendida esta del modo más rico posible: artesanía, uso creativo del ocio, buena vecindad, buena crianza y buena limpieza) que están asociadas antes a estilos de vida tradicionales que a estilos de vida modernos (capítulo vigésimo: «Mensaje del universo»).

Y así se llega al capítulo final, que lleva el mismo título de la obra («Esto es lo que creo») y del que solamente anticipamos lo siguiente: lo que deseamos hacer con nuestras vidas depende, evidentemente, de lo que pensamos que somos.

Factor humano, virtudes, espiritualidad. Tres puntos cardinales del pensamiento de un economista humanista (o quizá al revés) que sigue una línea que ya transitaron autores anteriores a él y que otros han mantenido hasta hoy, abogando por la recuperación de la escala humana en los sistemas económicos y en los modelos de producción de consumo. Resulta interesante retornar a Schumacher para darse cuenta de que, a pesar de que el tiempo pase, hay cuestiones que permanecen y batallas por las que aún merece la pena luchar.

